

la retórica en boga que tantas veces llegó á los linderos del ridículo. No hizo versos de joven, y de viejo no hizo ditirambos. Su elocuencia fué seca, fría, precisa. En ella hubo muchísimo del abogado, nada del sociólogo. El sarcasmo suyo correspondía con este frío externo, pues internamente sentía toda la fe de un sectario y toda la fogosidad de un apóstol. Sólo él pudo luchar cuerpo á cuerpo con Robespierre, al momento de alzarse los girondinos en el gobierno, y cuando su émulo y rival solía frecuentemente azotarlos con despiadadas alusiones é implacables sarcasmos. Pero en esta lucha, ni le tocó la mejor parte, ni le asistió la consuetudinaria fortuna. Llamóle á Robespierre orador empírico, que mixturaba sus discursos con unos ingredientes de patriotismo y de virtud, numerados cual en recetas farmacéuticas. Y luego pidió se decretara contra Robespierre un ostracismo que si le desterraba de la patria, también le ceñía la corona de los justos. No se pierde á un hombre llamándole Aristides. La virtud cívica de Robespierre, á quien tanto desvelaba su renombre y su influencia, sabía por lo mismo conservarlos; y se quejó de que los favorecidos por la suerte acusasen á quien cosa ninguna recabó, ni de la pelea, ni de la victoria. Pasaba esto cuando los robespieristas y los brisotistas estaban todavía juntos con los jacobinos, sociedad madre de todas las sociedades, donde sabían aborrecerse, mas no hasta echarse unos á otros de su consagrado seno. Pero mordiéndoles los pies todas las sospechas contra ellas azuzadas y salvando en los bordes del camino todas estas calumnias, ellos iban derechos al gobierno. Delasser fué acusado, y puesto en prisión. El Cuerpo Legislativo que vacilaba en este acto de venganza, no pudo resistir á las intrigas de Brissot y á la elocuencia de Verniaud. El partido constitucional quedaba disuelto. Ya no tenía el Rey quien le ayudase á salvar la parte de poder, que le reservaba la Constitución, y por querer tornar al antiguo, por querer el cuitadísimo recuperarlo todo, se quedó sin nada.

En mal momento llegaban los girondinos al gobierno, y en peor momento aún emprendían la revolución. El hambre agravaba todos los males públicos; la ruina consiguiente á una transformación radical, se unía con el hambre; no entraba rendimiento alguno en el Tesoro, á causa de las deficiencias é imperfecciones de una reciente administración mal montada; el papel moneda iba cayendo en menos precio universal, mientras el numerario metálico iba faltando, como si el oro y la plata se hubieran derretido y evaporado al calor de aquella revolución; el Rey conspiraba contra el Parlamento y el Parlamento contra el Rey, se recrudecían los maleficios de las gentes emigradas y las protestas del clero católico; entre la guardia real, formada para el Rey por los constitucionales, y la guardia ciudadana, influida por las predicaciones de los jacobinos contra el Rey, existían rivalidades análogas á guerras; erizábanse las calles parienses de picas, y el gorro frigio digno del gobierno republicano, cubría las cabezas enardecidas de los hijos del pueblo delirante; zumbaban los clubs con rumores que precedían tumultos nuevos y captaban la gubernación pública los diarios con artículos febriles, semejantes á proclamas incendiarias; ame-

nazaba el extranjero con invadir la patria, y desaparecían del ministerio los organizadores, reemplazados por los clubistas; el huracán y el oleaje de las ideas y de las pasiones en espacio alguno podían encerrarse, ni por fuerza ninguna dirigirse, y el relampagueo continuo por los cuatro extremos del horizonte sensible anunciaban arriba la tempestad y abajo el naufragio. Para todo gobierno se necesita un espíritu conservador; y los girondinos llevaban un espíritu revolucionario al gobierno. Para servir á una forma política, tan tierna é incipiente como la monarquía constitucional, se necesitaba creer en ella; los girondinos creían en la República. Cuando la nave del Estado giraba en las espirales y círculos del ciclón revolucionario los tripulantes combatían unos con otros, añadiendo sus cóleras personales á las cóleras del cielo y á las cóleras del mar. Aun unidos brissotistas y jacobinos, con dificultad hubieran llegado á contrastar las múltiples contrariedades; separados las agravaban. Y esta separación, iba en sus cegueras incurables, hasta objetos nimios, como la enemiga de Robespierre al gorro frigio, porque se lo ceñían sus adversarios y el despego de la forma republicana porque sus adversarios la preferían. Por su parte los girondinos, también ciegos, odiaban cuanto proponía ó enseñaba la escuela jacobina pura y tradicional, hasta el extremo de haber Guadet atacado á Robespierre porque pronunciara la palabra Dios y dijera tener confianza en la Divina Providencia. Del estado de división tal se hubiese aprovechado un Rey hábil contra los girondinos, como del estado de la corte y de la emigración se aprovecharon los girondinos contra el Rey. En tal escuela era teorizante y filósofo Condorcet, musa inspiratriz madame Rolland, maestro de política y parlamentaria estrategia Brissot, verbo Vergniaud. Así, á Brissot le tocó formar el ministerio. Y para formarlo, no se acordó de las primeras partes. Adivinaba muy bien su retina de político y piloto dónde los escollos se hallaban, los pequellos escollos en que suelen las intrigas estrellarse, y sabía iban los ministros girondinos al sacrificio. Así mandó los más modestos y humildes, para que, antes de perderse los generales se perdieran los soldados. Un político, ignorado casi del mundo, que se llamaba Servan, le sirvió para la Guerra, un ginebrino, que sólo tenía con Necker de común la patria, le sirvió para el departamento de Hacienda. Como Robespierre había puesto de moda el culto público á la virtud privada, Brissot encargó el departamento de Gobernación á Rolland, un hombre honrado á carta cabal, en quien se reunían al estoicismo propio de un temperamento frío, las exaltaciones y las fantasías de su genial mujer. Chapado al modo antiguo, sentencioso como un Séneca, dado á leer en los hombres de Plutarco frases monumentales y lapidarias, conciso de palabra, formal de acción, anstero de vida, severísimo en sus costumbres, no le ayudaba la conciencia bastante á sugerirle una idea tan justa y sencilla como que no podía servir bien al jefe del Estado en una Monarquía, si quier fuese tan liberal y democrática y parlamentaria como la Monarquía francesa, quien reconcentraba en la República todos sus pensamientos. Además, la mujer suya se ufanaba de tener ideas personales, y estas ideas per-

sonales eran ideas exaltadamente republicanas, las cuales movíanla, no á sugerir deslealtades, incompatibles con el carácter y el pensamiento de su marido, pero sí á sugerirle desconfianzas, germen de actos, en cuyos efectos y consecuencias latían gérmenes de una deslealtad indeliberada é inconsciente. La corte se halló tan extrañada y fuera de sí, después de haberle visto tantas veces las orejas al lobo, como el día inolvidable aquel, en que un cajista, cual Franklin, se presentó, al principio de la revolución, en los salones versalleses con el habla y el hábito republicanos. Antiguo industrial, hacendista práctico, muy experto en el estudio relativo á cuestiones económicas, de lenguaje respetuoso, pero en pugna con las maneras cortesanas, vestido de una manera modestísima, rayana con el descuido, á las últimas damas de la corte les pareció tan mal en este momento agónico de la Monarquía el habla y la vestimenta de Rolland, como les pareció á las otras damas de mejores tiempos para la corte y los cortesanos el habla y la vestimenta de Franklin. Sin embargo, al Rey no le fué antipático su nuevo ministro, aunque metía la revolución ya dentro de Palacio, ni al ministro el Rey, aunque deslumbraba sus dogmas y principios republicanos con el sello monárquico. Así, cuando tras algunas entrevistas y conversaciones con Luis XVI, tornaba el ministro á su hogar, hacíase lenguas tanto del carácter bondadoso de Luis XVI, como de su resolución por sostener el pacto entre la Monarquía y la democracia: que hasta extremo tal perturba los más serenos ánimos, los más prevenidos contra la Monarquía, los republicanos de suyo, el resplandor de una corte y el supremo dominio y ascendiente atribuido por los súbditos al Rey y á su majestad y á su soberanía heredadas. Mas, en cuanto Rolland decía cualquier ilusión de la confianza, le atajaba su mujer el paso, encareciéndole primero la oposición dogmática entre las instituciones electivas y las instituciones hereditarias; luego, la imposibilidad absoluta de que un Rey tradicional se resignase á compartir con su pueblo un poder y autoridad, que él creía, no sólo proveniente del seno de sus abuelos, proveniente del seno de su Dios. Tenía razón madame Rolland; no pueden las instituciones hereditarias compadecerse de las instituciones electivas; ni una dinastía nacida en el poder absoluto resignarse á su transformación y metamorfosis en el régimen constitucional. Pero, bajo la obsesión de estas ideas, no se puede ir á un gobierno encargado de mostrar lo contrario. Con una indeliberación y una inconsciencia increíbles fueron los girondinos á una situación, donde, si habían de ser leales á sus convicciones, tenían que aparecer traidores ante la posteridad y ante la Historia.



### CAPÍTULO TERCERO

La guerra europea.

A guerra estalló, porque se necesitaba que estallase, y porque no podía menos de estallar, dado el desarrollo natural del humano espíritu, y de su primera cristalización, que es la sociedad, en aquel momento dirigida por estadistas, innovadores y reaccionarios, los cuales querían todos empeñar la misma contradicción, siquier fuese fragorosa y cruenta, entre los principios contrarios, que todos llevaban en sus almas enardecidas y en sus inteligencias fulgurantes. La contradicción jamás podrá en el Universo concluirse. Las fuerzas cósmicas opuestas, las electricidades contrarias, el combate á muerte perpetuo entre las especies enemigas, las antítesis de los principios, las emulaciones del arte, las porfías del trabajo, las competencias del comercio, las afinidades y desafinidades químicas, las antipatías y simpatías entre los caracteres, el amor y el odio en los corazones, la concurrencia vital y la concurrencia mercantil enseñan cómo la contradicción reina sin remedio bajo la gran trinidad formada por las tres unidades primeras: la unidad del Universo, la unidad del Espíritu, la unidad del Criador. Aun los mayores enemigos de la guerra, en cuyo número me cuento, han de reconocer su permanencia entre nosotros ahora, su trasmisión á nuestra edad por las edades pasadas, su inmanencia en todos los pueblos, su transcendencia inevitable á las sociedades por venir. Está la guerra en el fondo de la sociedad, como está el error en la inteligencia, como está el mal en la Naturaleza, como está en la vida la muerte. Así, podemos aminorarla, podemos detenerla, podemos impedirlela temporalmente; lo que no po-